

## Héctor Bayona, el abuelo de mi familia teatral



Juan David  
Giraldo Andrade

**E**n lengua castellana el verbo con el cual se denota comúnmente la representación de un personaje o papel en una obra teatral es, además de “actuar”, “interpretar”. Interpretar denota, por un lado, una capacidad técnica en el uso de un instrumento, en este caso, el cuerpo, y una capacidad cognitiva para entender, explicar o analizar los contenidos y formas de un objeto, en este caso, un texto o acción dramática. En los casos del inglés *play* y el alemán *spielen*, verbos cuyo uso se refiere también a la actuación, se denota, además de la interpretación de un instrumento, la posibilidad y capacidad de jugar, la diversión.

Bajo la luz de estos dos componentes de la actuación —la interpretación y el juego—, quisiera en este texto compartir la experiencia de haber sido parte del Grupo de Teatro estudiantil de la Universidad de los Andes dirigido por Héctor Bayona, actor y cofundador del Teatro Libre y maestro de la escuela de Arte Dramático del convenio Universidad Central-Teatro Libre.

Él llegaba al hoy demolido salón R-101 con pasos suaves pero decididos, una sonrisa apenas dibujada debajo de su bigote, su maletín de cuero cruzado en la espalda, una bufanda, camisa y chaqueta. Nosotros, en pantaloneta, sudadera y probablemente profundas ojeras, lo esperábamos sentados en la entrada. Una vez cruzaba el umbral del salón y cerraba las puertas tras él, el incómodo y frío salón se convertía en nuestro patio de recreo. Con su voz suave y algo ronca, nos guiaba a través de un camino al que quisiera llamar “renacimiento”. En este camino volvíamos a aprender



a jugar y a través del juego reaprendimos a respirar, a caminar, a comer, a hablar. Hipnotizados por sus instrucciones, nos revolcábamos en el suelo, nos cacheteábamos las nalgas y gritábamos como dementes.

Ya despojados de nuestras preocupaciones personales y después de una corta pausa, nos invitaba a sentarnos en el piso de madera alrededor suyo, como dispuesto a contarnos un cuento. Con textos en mano, seguíamos con él las líneas de la siguiente obra a montar. Con Héctor discutíamos sobre el autor, el contexto de la obra, los personajes, su origen y su objetivo, sus miedos, sus relaciones con los demás. Oía atentamente nuestras intervenciones, nos pedía oír atentamente a nuestros compañeros, discutía con nosotros, nos invitaba a hacernos preguntas fundamentales sobre la obra, el ser humano y el país. Gracias al riguroso estudio que hacía del texto,

nos armaba de referentes visuales, literarios, artísticos y cotidianos, para ayudarnos a entender la puesta en escena que construiríamos juntos.

Así, en el transcurrir de dos horas, Héctor transmitía las técnicas de interpretación que durante décadas de trabajo actoral había aprendido a dominar, y nosotros apenas lográbamos asir. Primero, divertirse, jugar con nuestro cuerpo, jugar con nuestros compañeros. Segundo, ser rigurosos, críticos y curiosos. Aprender a captar la humanidad de un personaje, de una línea, de una obra desde el cuerpo y desde la mente.

Sin embargo, estos eran solo herramientas que ayudaban a construir el pilar fundamental para el éxito en el resultado final. Sin haber aún ensayado la primera línea, lo esencial se había construido: una familia. Los iniciados que, después de haber pasado por el Taller de Iniciación Actoral decidíamos hacer parte del Grupo de

Teatro de los Andes, entrábamos a constituir una familia de hermanos y hermanas de padres diferentes, de la cuál Héctor era su abuelo. Una vez dentro de esta familia construida a través del juego y la reflexión, nos era más fácil pararnos en situaciones incómodas, hacer el ridículo y sentirnos libres, jugar con nuestras voces y nuestros cuerpos, tocarnos, abrazarnos, mirarnos a los ojos, llorar y sonreír.

Nosotros, las pasadas generaciones del Grupo de Teatro de la Universidad de los Andes, lo recordamos hoy porque nos formó y, gracias al amor que nos inculcó por el escenario, muchos nos aventuramos a seguir sus pasos como actor o a trabajar detrás de un telón. Por él, a pesar de que todos estudiábamos carreras diferentes, hoy somos directores, actores, productores, escritores, artistas o acérrimos seguidores del teatro. Por él tenemos una segunda familia que, a pesar de las distancias y los diversos caminos que seguimos, sigue unida en torno al teatro y nuestros recuerdos en el escenario.

No queda más que agradecerle a un hombre cuyo amor por las tablas sobrepasó los escenarios. Su voz, su cuerpo, su sonrisa y sus pasos seguirán haciendo eco en los escenarios colombianos durante generaciones ○